

PRESENTACIÓN

Natalia ÁLAVARÉZ MÉNDEZ

Clara Isabel MARTÍNEZ CANTÓN

José Manuel TRABADO CABADO

En estos tiempos de ruido mediático y teatralidad desaforada se nos antoja necesario recordar la discreción con la que José Enrique llegó al Departamento de Filología Hispánica (así se llamaba entonces) de la Universidad de León a principios de los años 90. De manera silenciosa, también, pero con el entusiasmo necesario comenzaba ya a tomar forma su *Fragmentarismo poético contemporáneo* lleno de intuiciones y frescura. Ese pensamiento teórico fue creciendo y activando en quienes tuvimos y tenemos la suerte de conocerle una necesidad de pensar y establecer un diálogo «a corazón abierto» con su obra, un diálogo inacabable y sincero que sirve también y en cierto modo para describir lo que ha sido una práctica habitual de pasillos, encuentros, congresos, clases y charlas con José Enrique. Su obra cifra perfectamente su persona y si la conversación mide la distancia y la temperatura de la amistad podríamos decir que José Enrique ha sido un maestro en calibrar los afectos, en medir los versos y los días para darle sentido y densidad, como las buenas historias, al tiempo que se nos va.

No cabría en estas líneas una cartografía mínima de su pensamiento teórico-crítico. Sabemos y nos gusta recordar su tránsito por la poesía contemporánea, su preocupación por desmenuzar la maquinaria interna y sutil de la prosodia, sus viajes por los espacios literarios leoneses, su afición por las resonancias de unos versos en otros, de unas voces que se injertan en otras voces y por el diálogo de la palabra con la pintura. Habla todo ello de la versatilidad y del firme compromiso (corregimos pasión) con y por la palabra. Desde la cátedra de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de León, José Enrique ha sido un guía útil, un compañero necesario, un maestro benévolo, un amigo cercano.

En estas circunstancias liminares en las que los cambios vuelven los actos más rutinarios algo radicalmente simbólico toca un pequeño cambio de roles y sus lectores, compañeros, discípulos y amigos ensayamos ahora una política de los afectos a través de estas páginas. Quienes hemos aprendido a su lado la música de las sílabas y los días buscamos ahora un punto de encuentro, el ágora en la que todo es reconocimiento. Sirva este homenaje como una variación gramatical del aprecio. Existe algo emocional en cada gesto y muchas líneas de las que aquí siguen lo ponen de

manifiesto. Cambiarán los paisajes de idéntica manera a través de idénticas ventanas. Sonarán algunos versos de Victoriano Crémer: «Ya nada espero. La carne es triste y duele el corazón del viejo./ Ya leí todos los libros ¿Qué fue de tanto amor?/ Cierro» entremezclados de nostalgia y de las palabras de Mallarmé: «La chair est triste, hélas! et j'ai lu tous les livres» y José Enrique al fondo, maestro de ceremonias, arquitecto de puentes entre aquellos poetas que pusieron nombres a nuestra alegría y dolor. ¿Qué más se puede pedir? Gracias, maestro.

TROPELIAS